

INVOCACION

A vosotros, jóvenes españoles del campo y de la ciudad, de la Universidad y del trabajo, quiero dirigirme desde mi modesto mirador, con la cordialidad más íntima, para recordaros quiénes sois, cuál es la situación que os envuelve y de qué herencia sois portadores. Nada de cuanto deseo recordaros será para vosotros totalmente nuevo, ya que apenas hay áreas vírgenes para el pensamiento que sufre; pero tal vez halléis aspectos en los que no os habíais detenido suficientemente y otros en los que no habéis encontrado el punto de apoyo que consolide vuestra personal afirmación. He aquí por qué querría que conversáramos unos minutos con la vivacidad peculiar de vuestra generosidad vehemente.

Sois españoles, del país de los grandes contrastes, donde el convencionalismo y la mentira no encuentran terreno abonado. Por ello no han triunfado jamás los convencionalismos hipócritas, ni los dictadores se sentirán seguros. Deseamos la libertad; no una libertad sobre el papel, mediatizada por un intelectualismo servil, sino una libertad viva, funcional, que se robustezca por la justicia y que permita, a los jóvenes sobre todo, la más perfecta integración en el seno de una sociedad solidaria. A esa necesidad de nuestro pueblo se opone la oligarquía reaccionaria que, no entendiendo de convivencia ni de transiciones, quiere mantener a toda costa sus privilegios y su orgullo oponiéndose cínicamente a la libertad y al derecho. Hay más, esas «élites», sumergidas en su fanatismo y el temor al contagio, quieren aislar a España de la concurrencia universal, apartando a los jóvenes de las corrientes culturales, del foco de la historia y de la savia fecunda de la vida. Convencidos, no obstante, que pese a la opresión no renunciaréis a vuestra libertad, su miedo crece y su barbarie se acentúa.

Pretenden acondicionaros y teneros sumisos urdiendo un clima artificioso de rigideces y mentiras: se falsea la historia, se tergiversan los valores morales, se ponen exclusas a vuestro pensamiento y se os mantiene herméticos para que no conozcáis las preocupaciones y las realidades de otros pueblos. Queriendo dar algún derivativo a vuestra energía desbordante, han fomentado las incitaciones gre-

garias—fútbol, toros marchas, espectáculos religiosos, etc.— que, despertando tendencias de ambición y poder que maten la curiosidad y entorpezcan el desarrollo de la fraternidad entre vosotros. Han logrado en parte su propósito, si bien, bajo la estridencia del grito y del aplauso, va fermentando un afán reivindicativo que estalla en rebeldía abierta en momentos como el Valle de los Caídos o el Palacio de la Música de Barcelona.

Vosotros, jóvenes que vivís una de las crisis más honradas de nuestra historia, habéis heredado la emulación más viva y las condiciones de mayor opresión a un tiempo. Os hemos legado una experiencia única: la de un pueblo que peleó durante tres años por la libertad y la justicia sin dejarse intimidar por el abandono general ni los ataques coaligados del fascismo. ¿Por qué nos rechazó la «democracia»? Porque queríamos un socialismo auténtico al servicio del pueblo regido por los trabajadores mismos y porque no supimos interesarla suficientemente. Luego, los usurpadores que se oponen a la libertad y tienen miedo a la justicia, os han impuesto un clima de terror, de odio y de recelo: al objeto de atrofiar vuestras nobles inclinaciones y supeditaros a su voluntad arbitraria; pero ni las atracciones gregarias ni el fantasma del pánico han paralizado vuestra mente: indagáis, rompéis a menudo las redes que colocan en torno vuestro y buscáis la luz en los meridianos circundantes.

Os falta, sin embargo, la confianza mutua sin cuyo influjo es absolutamente imposible llevar a cabo acciones de liberación. La confianza, empero, no es fruto de generación espontánea, sino el producto de una elaboración consciente proyectada en el ámbito de las responsabilidades sociales, hecho que nos obliga a examinar el cuadro circundante y hacer cuantas rectificaciones las circunstancias aconsejen. Conscientes de esa insoslayable necesidad, busquemos el contacto y forjemos la cooperación que garantice nuestro intento.

ANÁLISIS DEL MEDIO

El estudio de la actual situación de España es tan difícil por su inestabilidad económica como por la heterogeneidad de sus manifestaciones. La libertad de acción de cualquier dirigente franquista, por ejemplo, es absoluta. Puede robar, moverse a su guisa, actuar en no importa qué esfera y molestar incluso al simple ciudadano. La de un republicano, en cambio, es totalmente nula. No puede manifestarse, ha de conformarse a toda circunstancia, y si en la calle o en el trabajo protesta ante una arbitrariedad, es reducido al silencio, jamás tiene razón y cuando insiste acaba de manera infalible en la jefatura de policía o en la cárcel.

El nivel medio de vida de un obrero de Barcelona oscila entre cincuenta y sesenta pesetas diarias, mientras en la provincia de Badajoz es de ocho pesetas solamente. Desde luego que no hay un jornal de ocho pesetas, pero como los braceros trabajan la cuarta parte del año únicamente, la renta media para cada día es ésa. Entre estos dos extremos están todas las posibles graduaciones y una miseria que produce el más inhumano dramatismo. He conocido a Eustaquio Pérez, de Albacete, que, viendo a sus tres hijos en peligro de morir de hambre, salió una noche a buscar una arroba de esparto con el que hacer algún dinero, al monte del « señor » y después de ser apaleado por la guardia civil, fue condenado a doce años de cárcel. Antonio Giménez, de Cáceres, por haber recogido un saco de bellotas para alimentar a su familia, fue brutalmente maltratado por la « benemérita » y condenado a seis años. Juan Gutiérrez, de Cádiz, recibió una enorme paliza de la guardia civil y fue condenado a treinta años por haber hurtado un saco de aceitunas al terrateniente, dueño de todo el pueblo. Así podríamos seguir citando nombres y atrocidades provocadas por el pauperismo y la inhumanidad despótica de un régimen.

Veamos otra fase del franquismo en la vida del agro. En Levante, Cataluña, Aragón y otras provincias del norte de la Península, los pequeños propietarios, si bien con los vaivenes de un mercado inseguro, gozan de renta suficien-

te, mientras en el sur y en el oeste, esos mismos pequeños propietarios tienen que abandonar el terreno si no quieren morir de hambre. En el «Pozo del tío Raimundo», de Madrid, tres familias de Jódar me explicaron cómo tuvieron que dejar tierras y casa porque las contribuciones y el control abusivo de los delegados de la fiscalía en la aceituna y otros productos hacía imposible su existencia. Me aseguraron que en Jaén hay pueblos casi totalmente deshabitados y que la miseria en toda Andalucía es una terrible amenaza. La emigración del sur hacia Madrid, Cataluña, Aragón, Avilés y Vasconia, es un éxodo vergonzoso y continuo en el que jornaleros y propietarios empobrecidos se funden en la misma promiscuidad y ruina.

Se han levantado Universidades e Institutos laborales de soberbia arquitectura, hueros, no obstante, de vitalidad y de funcionalismo eficiente. En sus aulas se enseña la política de la falange, ejercicios físicos, religión y algunas nociones inarticuladas de la ciencia y la tecnología. Entre tanto, el analfabetismo crece y los jóvenes siguen en el arroyo sin orientación acerca de sus más apremiantes intereses. De los estudiantes de la Universidad, menos del dos por ciento son hijos de obreros, y a los Institutos laborales tampoco pueden asistir los muchachos del pueblo porque las matriculas, libros, gastos de manutención y viajes ascienden a sumas que las familias trabajadoras no pueden soportar. No debe sorprendernos que la enseñanza esté menospreciada y sin protección la juventud en un país en el que se dedican a la escuela primaria, secundaria, técnica y universitaria alrededor de 3.800 millones de pesetas, mientras al ejército de tierra, mar y aire se destinan más de 11.000 millones de pesetas. En un país donde el ejército, la jefatura del Estado, la policía y el « Movimiento » acaparan más de la mitad del presupuesto nacional, no puede sorprendernos que la educación esté postergada ni que imperen la incuria y la miseria.

Un ejemplo elocuente de la ficción franquista, empeñada en mantener aislada a la juventud de las corrientes universales, es la conducta seguida con la U.N.E.S.C.O., a cuya organización cultural pertenece España con sonrojo de los demás miembros. Cuando llegan a Madrid o Barcelona publicaciones de algún valor filosófico, de cooperación o de tendencias universalistas, el gobierno paga el lote entero y recoge los libros. La administración no puede lamentarse, ya que la liquidación se hace puntualmente; pero los españoles quedan tan huérfanos de documentación como antes y los jóvenes, sumidos en la ignorancia más caótica. Los directores y responsables de la U.N.E.S.C.O. conocen el

procedimiento y siguen, no obstante, su tarea burocrática como si el espíritu de la institución ya no les preocupara.

Si los retazos expuestos son la expresión genuina de ciertas parcelas del desenvolvimiento cotidiano, la articulación del proceso productivo en el campo y la industria brilla por su ausencia. Sin protección agraria ni control de mercados, la producción agrícola depende de una demanda oscilante que entraña la ruina para muchísimos productores. Por ejemplo, si en una cosecha ha habido escasez de patatas, en la campaña siguiente los campesinos intensifican su siembra esperando obtener beneficios: pero ¿qué sucede?, la recolección es excesiva, desciende notablemente el precio y, como la mano de obra sube más que el producto, muchas toneladas se pudren. Al año siguiente el fenómeno se da con las cebollas o el tomate, con la carne de cerdo, los huevos o el azúcar.

Las grandes industrias creadas por el régimen se han instalado donde no existen materias primas, mano especializada ni mercado: el trust del aluminio en Madrid, donde el transporte de la bausita supone una sobrecarga enorme, la Pegaso y otras fábricas de tractores y de productos químicos en la villa y corte, donde no hay elemento mineral alguno ni mercado importante, ya que la dinámica nacional radicó siempre en la periferia de la Península. Y todo, ¿por qué? Por el orgullo de hacer una capital gigantesca que minimice a Barcelona y Bilbao, poblaciones cultas, progresivas y de una tradición acusadamente federalista. ¿Qué trae como consecuencia este rodaje de tanteo sin planificación coordinada? Administraciones secretas amparadas en el silencio de la dictadura, miseria general y empobrecimiento continuado de recursos. Es así como la renta por cápita ha descendido de un quince a un veinte por ciento en los cuatro últimos años, no sólo por la degradación económica de la crisis, sino también por falta de previsión, puesto que mientras el ritmo de crecimiento de la población se acelera, el de ciertas producciones se estanca y el de la agricultura ha disminuido en alimentos básicos como cereales y aceite. Pese, pues, al alivio inmediato de la emigración, la capacidad adquisitiva del pueblo aminora y con ella todo el proceso producido.

La incapacidad de los dirigentes y la decadencia de la economía han ocasionado un paro espectacular y peligroso que oscila entre millón y medio y dos millones de obreros, según la época, siendo la emigración el único recurso que los gobernantes han encontrado para aliviar el problema y mantener el mínimo económico. De la ruina y desconsolidación que supone la emigración en aceleración constante, se viene hablando mucho sin que apenas se analice su

doble aspecto económico y humano. Exportar un joven en edad de producir — que aun ateniéndose a nuestro bajo nivel de vida ha costado unas ciento cincuenta mil pesetas — implica fabricar una máquina para que los demás la exploten, ya que la plusvalía de su esfuerzo no compensa el gasto de su desarrollo. Si, además, ese joven posee otros valores artísticos o intelectuales, los desenvolverá en el país que lo acogió o se perderán por falta de condiciones adecuadas. El pueblo que exporta mano de obra tiene que adquirir géneros y máquinas de los otros y se autocondena a seguir siendo una nación subdesarrollada. Eso lo saben bien los gobernantes, pero anteponen su ambición al bienestar de su país. Según datos recogidos por algunas naciones donde abunda la inmigración española, esos trabajadores envían o llevan directamente a España alrededor de 15 a 20,000 millones de pesetas, de los que una buena parte se queda el Estado por el cambio de divisas y otra el Sindicato como impuestos en concepto de control emigratorio. ¿Qué representa, sin embargo, esa cantidad comparada con lo que podrían producir esos millares de jóvenes trabajando eficientemente en la Península?

Y si desde el punto de vista de la dignidad personal y del cálculo económico la emigración es un fraude y un dolor, desde el ángulo de la familia, de la moral y de la plenitud intelectual el fenómeno es mucho más vituperable. Los jóvenes han de separarse de los suyos para ir a vivir en condiciones a menudo infrahumanas, rodeados de un ambiente hostil y sin condiciones idóneas a la expansión de su intelecto, dado su desconocimiento del idioma, el escaso confort y el tener como móvil primordial reunir dinero con el que ayudar a su familia. No negaremos que la incitación del clima nuevo pueda ser un factor positivo para algunos superdotados, pero hemos constatado repetidamente el daño que hace a la mayoría de los jóvenes ese vivir enajenado y sin afecto.

Pues bien, aun siendo evidente la desazón que sufre el obrero situado en país extraño, la mayoría de los españoles preferirían irse. ¿No es éste sintoma elocuente de la ineficacia de un régimen? La política, la economía y los estatamentos todos del gobierno están regidos por seres corrompidos e ineptos y, no obstante, Franco continúa atropellando y robando al pueblo español como el primer día. Todos ansiamos la subversión del régimen y la instauración de la libertad, pero la fuerza policiaca, la red enorme de confidentes y el ejército tienen al pueblo amordazado. ¿Qué hacer?

...

...

ANTECEDENTES ACLARATORIOS

Durante la guerra civil, la generación de vuestros padres perdió más de un millón de hombres; en la represión subsiguiente un millón más fueron encarcelados, y asesinados centenares de miles. Medio millón padecieron el drama del exilio y la persecución ha venido prolongándose de modo indefinido. Estos hechos pueden justificar la desconfianza y el confusionismo que reina en nuestro pueblo; pero vosotros, que no habéis sido actores aún cuando sois las víctimas, no debéis aceptar por más tiempo la complicidad con quienes regaron de sangre el país, ni unos sucesos que os anulan. Si el terror y la suspicacia paralizaron el pulso de España durante un cuarto de siglo, vosotros tenéis el deber y la necesidad de reanudarlos. No podéis tolerar una existencia miserable, de analfabetismo, de incuria y de desprestigio nacional. Es hora ya que levantéis la frente y que forjéis la solidaridad que acabe con tanta ignominia y desvergüenza.

Esas circunstancias de incultura, aislamiento y pobreza os han restado jovialidad y plenitud, ya que la jornada prolongada, el nivel paupérrimo de vida, la opresión familiar y la falta de un activo civismo acortan la personalidad y agostan la alegría. Constatarlo, empero, no basta. Hay que enfrentarse con la realidad y renovar las estructuras.

Si queremos la libertad y toleramos el despotismo deberíamos conocer a qué obedece esta contradicción flagrante: al estado de confusión que imposibilita la confianza. La tiranía, que ahorrja el pensamiento, fomenta la delación y multiplica el miedo, ha erizado siempre el ambiente de prevención y suspicacia, impidiendo la unidad y la proyección de claras perspectivas. La falange, que por su alicortado pensamiento y su incapacidad resolutive no pudo dar satisfacción alguna, ha inculcado el miedo hacia las corrientes más vitales a toda una generación. Y cuando los jóvenes se asoman inquietos al mundo de los problemas colectivos, surge a su paso el antagonismo irreductible de las organizaciones y partidos; otra herencia que nuestra época de crisis ha legado a la generación nueva y que ésta habrá de resolver con ademán erguido.

Comencemos por situarnos en terreno firme. ¿Cuál es el grillete que os tortura y cuál es el estímulo que alienta vuestro anhelo? Lo primero, el despotismo, que impide la afloración de vuestro ser; lo segundo, afán de libertad y de justicia y oportunidad para afirmar vuestra persona. Si vibra en los jóvenes este deseo, la confusión debe desvanecerse ateniéndonos a estos dos principios funcionales: La libertad sólo se logra practicándola. La transformación social exige la cooperación decidida y valiente de los hombres libres.

Convencidos de que sois vosotros quienes habéis de derribar el régimen de oprobio que mancilla a España, queríamos brindaros el producto de nuestra experiencia: Fuimos jóvenes, impetuosos y atrevidos, pero sólo tuvo eficacia nuestra acción cuando actuamos de consuno y con pleno conocimiento de causa. Siempre que nos dejamos llevar de vehementes arrebatos, nuestro esfuerzo fue estéril y hubimos de arrepentirnos a menudo por haber sido juguete de ambiciosos o de apasionamientos irreflexivos. Ya habéis visto lo que trae la dictadura: opresión, inmoralidad, miedo, desconfianza entre los hombres y obediencia ciega. Cuando os hablen, pues, de disciplina rígida, de sometimiento a una élite o a un jefe, estad seguros de que se pretende hacer de vuestra sumisión un escabel para trepar al pedestal desde el que fustigar al pueblo.

En el interregno entre las dos guerras mundiales, unas juventudes abúlicas que lo esperaban todo de la bondad de los gobiernos, propiciaron, casi sin resistencia, el triunfo del fascismo — Italia, Alemania, Países Balcánicos, etc. — que impuso métodos violentos, renunciamiento a la persona, destrucción de los valores humanistas y guerra. En España no ocurrió lo mismo porque había una juventud dispuesta a mantener su dignidad y decidir de su futuro. Nos vencieron, es cierto, aunque no por culpa de los que se mantuvieron enhiestos, sino de los seudo demócratas, que nos dieron la espalda — cavando así su huesa — y de los falangistas, que en un acto mesiánico de automenosprecio sirvieron a la megalomanía fascista que habría de triturarlos luego. Ahora bien, pasado el accidente, ¿qué nos queda como experimento de análisis? Los seres primarios que ofrendaron su vida al fascismo se lamentan decepcionados y arrepentidos ante la esterilidad de tanto sacrificio. Los que, aun vencidos, mantenemos la personalidad y la esperanza, levantamos la antorcha del combate confiando en el triunfo de la libertad y de la justicia.

BUSQUEMOS UNIDOS EL CAMINO

La libertad no puede ser una bandera ni un concepto político demagógicamente empleado, puesto que sólo existe como valor real cuando se hace conciencia en nuestro ser y nos impide atropellar y tolerar que los demás nos atropellen. Esta ha de ser la fuente de nuestra ética y la dinámica que presida todas nuestras posibles relaciones.

Apoyándonos en esos conceptos de dignidad y de consideración al prójimo hemos de entablar el combate contra Franco y cimentar las estructuras que liberen a España del pauperismo, de la opresión y de la ignorancia. Practicar, empero, una democracia activa de responsabilidad mancomunada implica una concepción libre de la vida y un funcionalismo solidario en todos los planos de la coordinación social. Este debe ser nuestro objetivo: una democracia respetuosa en la que el mundo del trabajo coopere con toda su energía, su experiencia y su capacidad transformadora.

Sumerjémonos en la realidad circundante. ¿Cuáles son en el ámbito social las fuerzas positivas? Los jóvenes deben saberlo empleando un método sencillo: Todo ciudadano que coloca al hombre por encima de los bienes materiales, que ama la libertad y la justicia, que propaga la tolerancia y en su clima examina racionalmente las necesidades colectivas es un verdadero demócrata con el que podemos colaborar. Quien, por el contrario, defiende el privilegio o pretende demostrarnos con arbitraria dialéctica que la justicia ha de preceder a la libertad o la libertad a la justicia es un tiranuelo disfrazado de demagogo que quiere subyugar vuestra personalidad para satisfacer su anhelo de poder o servir, obseso, una doctrina.

Vosotros, jóvenes españoles, que vivís en el país más enrarecido de la Europa occidental, tenéis que afirmaros en vuestro medio sin olvidar que la nación precisa del esfuerzo de todos para terminar con un régimen de oprobio y dar a la economía y a la cultura la eficiencia que la saquen del estado anacrónico y miserable en que la han dejado unos gobernantes sin escrúpulos. Tal actitud, no obstante, reclama la aportación de todos en el frente de la producción y del pensamiento creador estrechamente vinculados. Esa cooperación a escala de grandes magnitudes necesita un órgano y éste — aun cuando no sea forzosamente el único — habría de ser el Sindicato.

Ahora bien, decir sindicato así, como un apelativo, implica seguir fomentando la confusión, puesto que hay sindicatos de todos los matices y para todos los servicios: el fascismo ha creado el suyo para domesticar a los obreros, otro tanto hicieron los comunistas rusos para facilitar el control y la obediencia de los trabajadores, si bien, en ambos casos, los obreros carecen del derecho de huelga, de intervención directa y de crítica. Toda su misión es acatar, callar, y aplaudir. Tenemos los sindicatos cristianos, con cierta autonomía en aspectos reivindicativos de poca monta y que en situaciones decisivas han de atenerse a la autoridad del Papa o a los dogmas de sus iglesias respectivas. Tienen asimismo enorme importancia los sindicatos de tipo económico — a estilo de los americanos — que se ocupan meramente de cuestiones reivindicativas y casi todos los de la F.S.M. de escaso contenido emancipador, si bien más inclinados cada día hacia un apoliticismo de acción directa. Los sindicatos socialdemócratas afiliados a la C.I.O.S.L., que, aun siendo órganos de presión y apoyo a los partidos socialistas, reivindican el derecho de huelga, de intervención directa y de autonomía muy distinta de unos grupos a otros, dado que en la C.I.O.S.L. hay muchos sindicatos que no son socialistas ni obedecen a disciplina política alguna, y el grupo libertario, de aspiración más ambiciosa.

Ateniéndonos al proceso histórico, únicamente el sindicalismo libertario ha reivindicado la libertad y la justicia de modo simultáneo. Este sindicalismo de acción directa, surgido de la Primera Internacional, comprendió de una vez, que entre patronos y obreros, entre dirigentes y súbditos no podía haber intereses comunes, puesto que la explotación entraña privilegio, desigualdad, rivalidad en fin. El dirigente se ampara en el poder y exige obediencia. Frente a los ambiciosos y los déspotas que mantienen la desigualdad y la guerra había que oponer otra fuerza, la de los explotados y de los hombres justos ansiosos de una sociedad racional, libre y solidaria. Este ha sido el propósito del sindicalismo libertario que cada día comprenden mejor los hombres que buscan un horizonte más humano.

Vosotros me diréis: «Los jóvenes de hoy no buscamos solamente conceptos, queremos soluciones». Eso es lo que el sindicalismo puede proporcionaros como ninguna otra de las instituciones creadas por el hombre. Al sindicato, sea de producción o de servicios, pertenecen todos los ciudadanos activos. Cuanto se hace, se proyecta o consume está bajo el control del sindicato, y en sus interferencias mutuas corre el fluir de la vida económica, cultural, higiénica y artística. ¿Qué burócrata del Estado puede conocer la construcción como el arquitecto, el aparejador, el albañil

y el fontanero reunidos? ¿Y quién mejor que los agrónomos y agricultores juntos sabe del estado del campo? Y así en todas las ramas de la producción, de la medicina o de la enseñanza.

Para reunir todos los datos y establecer el engranaje mejor sincronizado, no obstante, los sindicatos se estructuran en Federaciones de Industria, procurando que en cada una de ellas — la del vestir, la de la pesca, metalurgia, etc., — estén incluidos todos los ciudadanos activos. Si en cada Federación, el ingeniero, lo mismo que el perito y el obrero manual se interesan por la buena marcha de su industria, el control será perfecto y el reajuste evolutivo permanente; pero como la concurrencia y el reajuste económico de un país necesitan el equilibrio de todas las industrias y la mejor adaptación de los servicios, es indispensable que las Federaciones nacionales actúen en conexión estrecha y solidaria, ya que de lo contrario podría surgir la competencia entre unos y otros ramos. He aquí por qué se crea el Comité de Coordinación Nacional que mantenga el equilibrio económico y fomente el apoyo mutuo entre todas las Federaciones. De este modo, los sindicatos, a la vez que luchan por reivindicaciones inmediatas, van preparando a sus miembros para una transformación social en la que la economía pase a las Federaciones de Industria y no haya más explotados.

¿Es utópica esta proyección? En España ya la hemos vivido con resultados alentadores. Hoy todo depende de la voluntad que los jóvenes pongan en esta proyección. Deberíamos empezar por agruparnos, jóvenes y adultos, y mediante una huelga general y los actos que las circunstancias aconsejen derrocar al franquismo e instaurar la democracia que permita el libre desenvolvimiento ciudadano. En el momento de crisis universal que atravesamos la juventud debe reflexionar profundamente. El gesto violento a menudo os cautiva y os impide examinar las consecuencias. Muchos soñáis con Fidel Castro o con un supuesto caudillo que os saque del estado anodino en que vivimos sin daros cuenta de los resultados que el culto personal ocasiona. Castro, que comenzó siendo un revolucionario sencillo y generoso, por el aplauso de los mesiánicos y el incienso de los comunistas — que ayer lo combatían — se ha convertido en un megalómano que no respeta la voluntad de los obreros ni consulta de manera alguna la opinión del pueblo. Si queréis, pues, ser libres y poder intervenir directamente en los destinos de España, echad de vuestra mente el mesianismo que os inculcó el falangismo y los señuelos que os tienden aquéllos que ansían someteros. Cuando Castro, como Bolívar, el Empecinado o Durruti, se levantaron

contra la tiranía eran hombres libres que no se sometían al ajeno mandato. He aquí por qué, si queréis vivir en una sociedad justa y tolerante no tenéis que forjar un caudillo, sino adheriros a los hombres libres y proyectar con ellos un esquema básico de instituciones en las que esté garantizada la existencia de cada uno y el progreso incesante del conjunto.

El punto convergente y el órgano flexible que se adaptará siempre a las necesidades colectivas es el sindicato — el libertario en primer término —, si bien no de modo exclusivo; ya que, después de la última contienda y al socaire de la guerra fría, gran parte del sindicalismo socialista y muchos sindicatos autónomos y económicos van reconociendo la necesidad de la acción directa que dé a los obreros capacidad resolutive y evite la absorción peligrosísima del Estado. Todos, pues, y los jóvenes muy especialmente, debemos fundirnos en el sindicato; pero no en ese aparato monolítico y doméstico que montaron los oligarcas españoles para amordazar al pueblo, sino en un sindicalismo libre y activo que ponga en función responsable a todos los productores que permita levantar la economía y satisfacer las necesidades más perentorias. Este sindicalismo, sin embargo, habría de robustecerse con la Alianza de nuestros sindicatos tradicionales C.N.T. y U.G.T. — felizmente iniciada — desde cuya plataforma podremos impulsar la dinámica peninsular, integrar nuestro país al rango de las naciones cultas, garantizar la práctica de una democracia evolutiva y socializante y barrer el paso a los dictadores de cualquier signo que pretendieran sojuzgarnos de nuevo.

La Alianza Sindical, no obstante, ha de tener en cuenta innúmeros factores, ayer apenas esbozados: la graduación enorme de clases en el rango de los asalariados con ingenieros que cobran a veces como cincuenta obreros, dueños de empresa que figuran como gerentes a sueldo, las alteraciones técnicas que va introduciendo la automatización, el control que los sindicatos tienen que ejercer en la política de importación y exportación, sus intereses en los pactos internacionales — Mercado Común, Cooperación Europea, etcétera — y su intervención en la dinámica total del país. Hay que considerar asimismo que en el rodaje económico de hoy, la tercera fuerza — médicos, educadores, economistas, administradores, etc. — es ya en las naciones adelantadas más numerosa que la de los productores; luego en ciertos medios, no será ya la miseria ni la desconsideración lo que engendre la rebeldía, sino las necesidades éticas, de solidaridad y de paz.

La juventud española que ha de afirmarse sobre su propio suelo, ha de hacerlo tomando conciencia de su situa-

ción y de la magnitud de nuestro empeño. Hasta aquí se os ha negado el pan y la cultura, la seguridad y el afecto. Se os ha sumergido en un medio de corrupción y os piden que seáis sobrios, morales y fieles defensores de unas instituciones consagradas. ¿Podéis defender unos estamentos que condenan al hambre a más de la mitad de la población, que dejan a más de dos millones de niños sin escuela y a gran número de escuelas sin maestro? Por otra parte, muchas jóvenes han de prostituirse o ir a servir a la burguesía de Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, si quieren subsistir. El noventa por ciento de los españoles no leen ni mantienen contacto alguno con la cultura, y la familia — orgullo y pilar de nuestra tradición — ha sido destrozada por los atropellos policíacos y la prolongada miseria.

Tenedlo bien presente, jóvenes españoles: No podréis ser hombres ni mujeres cabales mientras no sacudamos el yugo que os oprime; ni garantizaremos un futuro de libertad, de democracia respetuosa y de justicia si no elegimos ahora consciente y resueltamente el camino. No es preciso que tengáis un pensamiento homogéneo ni un ideal idéntico. Podéis, mejor aún, debéis alimentar opiniones diversas, y en el sindicato, órgano de coordinación aglutinante, elaborar la proyección fluida que satisfaga el bienestar de todos en un ámbito de libertad.

No podemos conformarnos, empero, con señalar proyecciones teóricas y esperar con los brazos cruzados a que una circunstancia política nos permita entrar en acción. El bienestar y la libertad de mañana han de ser la obra de hoy, del actuar de cada día. Hay que agruparse para cooperar decididos, no sólo en la lucha contra el despotismo, sino para estudiar el estado económico del agro, de la industria, de la cultura, de los servicios, de las relaciones humanas, e ir preparando en nuestra conciencia y en la letra lo que ha de ser nuestro futuro, porque sin el pensamiento y la acción de hoy, el mañana no pasará de ser una quimera que puede manejar de modo peligroso otro dictador o una oligarquía desaprensiva y ambiciosa.

Los problemas son múltiples y su solución exige la intervención de todos, de los jóvenes singularmente, que han de ser los beneficiarios de su propia obra. En futuras publicaciones querríamos bosquejar con mayor detalle los imperativos más acuciantes de nuestra exigencia vivencial; pero a vosotros corresponde uniros y comenzar la tarea ingente de analizar la situación de España, de otear las realizaciones del mundo exterior y de ir sentando las bases de un pueblo digno, próspero y libre.